

Yo quería entender el universo

Ana Alonso



ANAYA

Yo quería entender el universo

*Existe un material con sugerencias didácticas
y actividades sobre este título que se encuentra
a disposición del profesorado en nuestra web.*

1.ª edición: enero de 2024

© Del texto: Ana Alonso, 2024
© Grupo Anaya, S.A., 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

Diseño de cubierta: David Sánchez
Créditos fotográficos: Istockphotos/Getty Images
(Azatvaleev; Aunt_Spray; Ekazansk; In8finity;
Libre_de_droit; Sinhyu; Vitalii Dumma)

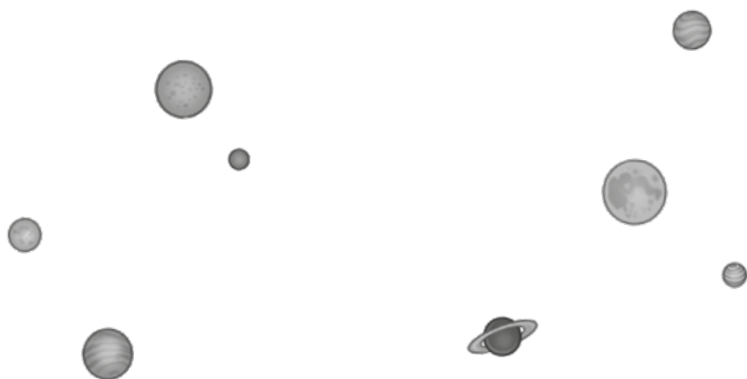


ISBN: 978-84-143-3490-4
Depósito legal: M-29320-2023
Impreso en España - Printed in Spain

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

Yo quería entender el universo

Ana Alonso



ANAYA

Índice

| | |
|---|-----|
| Capítulo 1 | 7 |
| Tornillos gigantes y eclipses imposibles | 15 |
| Capítulo 2 | 24 |
| Newton, Einstein, manzanas y sandías | 33 |
| Capítulo 3 | 41 |
| Refrescos sólidos, tortillas líquidas y otros secretos de cocina | 49 |
| Capítulo 4 | 58 |
| El firmamento en una patata | 68 |
| Capítulo 5 | 77 |
| Capítulo 6 | 85 |
| Lucy, La sima de los huesos y el fósil que nunca existió | 94 |
| Cuando la Luna era más grande y los días más cortos | 102 |
| Capítulo 7 | 113 |
| Capítulo 8 | 123 |
| Por qué no tengo los ojos verdes | 132 |
| Como lágrimas en la lluvia | 139 |
| Capítulo 9 | 149 |
| Capítulo 10 | 156 |
| ¿Qué será de nuestro mundo? | 168 |
| Un gato peor que el de Alicia | 174 |
| Epílogo | 182 |
| Apuntes de Emma | 187 |

Capítulo 1

—¿Seguro que va bien el wifi, abuela? —Emma miró con desconfianza la luz verde del *router* colocado sobre un pañito de ganchillo a la derecha de la tele—. La última vez fue un desastre.

—Qué sí, hija, que sí. La otra vez me pilló desprevenida, no sabía que eras *influencer*. Yo creía que eras mi nieta de toda la vida, la que iba a ser médica.

—Abuela, no empieces. —Emma levantó la maleta morada del suelo para no manchar con sus ruedecillas el parqué impecable y, dándole la espalda a la anciana Esther, se dirigió con su equipaje al dormitorio del fondo del pasillo—. Voy a ser médica, no me pinches.

—Pero esperar un año. Con lo lista que tú eres. Yo de verdad que no entiendo este mundo. ¿Un trece con uno en la Selectividad y no te admiten en ninguna facultad de medicina del país? ¿Estamos locos o qué nos pasa?

La abuela la había seguido por el pasillo. Mientras Emma dejaba la maleta sobre la colcha blanca de la cama, Esther subió la persiana, y el verde intenso del monte se coló en la habitación. Emma se quedó mirando, distraída.

—Con el dinero que tiene tu padre, bien puedes ir a una universidad privada o al extranjero. Cualquier cosa mejor que perder un año.

Emma tuvo que desprenderse del paisaje. Sabía que la abuela no la dejaría en paz hasta que le diese todas las explicaciones que quería.

—El dinero no es solo de mi padre, es de los dos, también de tu hija —comenzó—. Llevan las empresas a medias.

Sabía de sobra que a Esther no le gustaba hablar del éxito empresarial de su hija Laura. Cuando no tenía más remedio, dejaba entrever que, para ella, aquella habilidad para los negocios de su hija y su yerno era, más bien, un fracaso en toda regla.

—Me vas a decir tú a mí lo lista que es mi Laura —replicó en tono de frustración—. Como si no lo supiera. Por eso precisamente te digo lo que te digo. Ya la vi a ella tirar su brillantez por la borda... No quiero que a ti te pase lo mismo.

—Siempre estás igual. Mamá tiene la vida que quiere. Y yo también. Estoy empezando a pensar que no debería haber venido...

Su abuela la interrumpió acariciándole la mejilla y, luego, envolviéndola en un torpe abrazo.

—Hija, no digas eso, con las ganas que tenía yo de que vieras. Si lo tengo todo preparado. Si es que hablo por hablar, soy boba. Yo soy de otra época, no entiendo las cosas de ahora. Pero ya sé que tú eres listísima y lo que hagas estará bien hecho. Y si lo que se lleva ahora es ser *influencer* y eso te gusta más que ser médica, pues seguro que tú lo haces mejor que ninguna. Eso ya lo sé yo.

Emma estuvo a punto de contestar que podía ser las dos cosas, pero se contuvo. Cuando la abuela entraba en aquella

clase de bucles, era mejor no intentar discutir. Cualquier cosa que ella dijera la interpretaría a su modo y la utilizaría como argumento para seguir con sus reproches.

—¿Qué hay esta noche para cenar? —preguntó para cambiar de tema.

A la abuela se le iluminó la cara.

—Te voy a hacer la mejor tortilla del mundo —dijo—. Espero que te siga gustando como siempre...

—¡Claro que me gusta!

Se miraron sonriendo. La abuela asintió satisfecha.

—Como debe ser. Ahora hay muchas que ni la prueban, por lo de no engordar. Pero mira, tú estás perfecta y no te privas de nada.

—Como bien. De una manera razonable, sin obsesionarme con el peso, pero me cuido. De eso tratan mis vídeos. ¿No viste el que colgó mamá el otro día en el grupo de la familia?

—¿El de los pomelos? Sí que lo vi. ¡Si te puse un aplauso y todo en WhatsApp! Te expresas muy bien, aunque a mí el pomelo no me gusta nada. Pero bueno, si tú dices que es tan bueno, mañana bajamos a Alimerka y te compro pomelos.

—No es que lo diga yo. Busco siempre datos científicos para respaldar lo que cuento, me informo bien.

—No necesitas buscar muy lejos, tampoco. Con que le preguntes a tu madre... Después de acabar Biología le dio por hacer la cosa esa de los alimentos. Aunque, para lo que le ha servido...

—Abuela. Mis padres tienen una almazara ecológica, una bodega, una empresa de conservas bio... Yo creo que le ha servido bastante...

—Bueno, pero eso lo tienen por el dinero de tu padre, no por sus estudios. Aunque empezaran contratándola para no sé

qué del control de calidad... Ya ni me acuerdo. Ella misma decía que no tenía casi nada que hacer y que la habían contratado porque era obligatorio tener a alguien en ese puesto. Al principio lo decía.

Emma no contestó. Estaba cansada del viaje, y aquella vieja cantinela de su abuela la deprimía. Siempre decía las mismas cosas, y no se sabía adónde quería llegar.

Esther era inteligente. Notó el hartazgo en la cara de su nieta y cambió de tema.

—Dan muy buen tiempo para estos días. Con esto del cambio climático, estamos teniendo unos veranos... El agua de la piscina está buenísima. Ahora, cuando termines de deshacer la maleta, todavía tienes tiempo de darte un baño, si quieres.

—Es que tengo que trabajar un rato. Contestar a los seguidores y preparar un poco el directo de mañana. ¿Me dejas que lo haga desde la huerta?

—A mí, lo que tú quieras. Pero no les digas dónde estamos, a ver si se me va a llenar esto de fans... Que en Internet hay mucho loco...

—A mí me sigue gente muy normal. Muchas adolescentes, y también mujeres de otras edades que quieren cuidar su alimentación, hacer ejercicio...

—Está muy bien —dijo la abuela en un tono que no intentaba disfrazar su falta de sinceridad—. Lo que no entiendo es ese nombre en inglés tan raro que le has puesto.

—¿Morning Owl? Pues ha sido uno de los ganchos del canal. Porque es irónico, le quita hierro a esto de la chica madrugadora que intenta ser perfecta.

—Pues a mí me sonaría mejor en español. Lechuza mañanera.

—Bueno, sí... Es gracioso. Lo contaré en el directo, que tú me has llamado así. A la gente le gustará.

* * *

Cuando se quedó sola, Emma abrió la maleta sobre la cama y se puso a colocar la ropa en las perchas y los cajones del armario. Se había llevado lo imprescindible para una semana en la montaña leonesa: *shorts*, vaqueros largos, camisetas de algodón y de lino, un jersey y un pijama. En el último momento había metido también un par de vestidos y las sandalias que le acababa de regalar su madre. Todavía no las había estrenado. Las sacó de la bolsa de tela y las colocó sobre el viejo escritorio para admirarlas. Combinaban las tiras de cuero negro con una fina cadena plateada de la que colgaban unas alas de ángel. Sabía que eran carísimas, y una parte de ella se sentía culpable por haber aceptado aquel regalo..., pero la verdad era que le encantaban, aunque era poco probable que en aquellos días tuviese ocasión de ponérselas.

Aquel regalo era la forma que tenía su madre de darle las gracias por lo que estaba haciendo. Aunque contaba con Elvira, que la ayudaba con la casa desde hacía muchos años y vivía con ella, la abuela se sentía muy sola. Además, estaba asustada. Había tenido un par de desmayos por desarreglos con los pinchazos de insulina que se ponía para la diabetes, y una de las veces había acabado en el hospital. No había pasado ni un mes de eso... Laura había estado unos días con ella, pero chocaban tanto que al final se había vuelto a Madrid antes de lo previsto. Además, estaban empezando a exportar aceite a Corea y a China y no podía retrasar los viajes que tenía planeados. Todo aquello a Laura le angustiaba mucho. Por eso, cuando

Emma se ofreció a pasar unos días en la casa de Boñar con Esther, solo le faltó arrodillarse delante de ella para darle las gracias.

Para Emma tampoco era un gran sacrificio. La abuela tenía sus momentos inaguantables, pero también podía ser un encanto. Cuando se olvidaba de los reproches y de su afán por demostrar a todo el mundo lo extraordinaria que era, resultaba una persona bastante agradable. Tenía un montón de anécdotas de sus años de maestra en distintos pueblos de la montaña de León, y las contaba con tanta gracia que daba lo mismo que las repitiese a menudo. Y era ingeniosa, muy rápida para encontrar la réplica en una conversación, siempre con un punto de humor... Laura siempre decía que, en ese aspecto, Emma había salido a ella.

Además, a su *feed* le vendría bien un cambio de aires. Eso siempre les gustaba a los seguidores. El paisaje de Boñar no podía ser más bonito, y le iba a dar pie para contar muchas cosas sobre *mindfulness* en la naturaleza, especies protegidas, agricultura de proximidad... Si podía, hasta pensaba sacar a la abuela en algún directo.

De momento, esa tarde solo iba a hacer lo imprescindible para el mantenimiento de sus cuentas. Echar un vistazo a todos los comentarios, contestar lo justo, dar unos cuantos *likes* a los de siempre y asegurarse de que todo estaba en orden... Estaba tan acostumbrada, que podía ocuparse de ello con la música a todo volumen en los cascos y la atención a medias.

Con más de quinientos mil seguidores en YouTube y otros tantos en Instagram y en TikTok, todos los días le llegaban entre doscientos y trescientos mensajes directos. Contestaba con emojis o con unas escuetas «gracias» cuando alguien elogiaba sus vídeos, sus opiniones o su aspecto. Raramente hacía falta más.

Pero esa tarde, entre los mensajes directos había uno diferente.

«¿Eres hija de Laura Bernaroeche? Si es así, tengo una cosa chula que te puede gustar. Son cartas que le escribí a mi padre cuando estaba de erasmus en Escocia. Eran compañeros en la Facultad de Biología. No son cartas de amor ni nada. Son bonitas. Me gustaría hacértelas llegar. ¿Me das una dirección o un correo?».

El que escribía aquello lo hacía desde una cuenta de Twitter llamada @Andrés_2005GP. Una cuenta con siete seguidores y que seguía a cincuenta. En la imagen de perfil se veía a un personaje de manga, un chico de pelo oscuro y ojos verdes con una espada en la mano.

Estaba claro que no era alguien muy interesado en las redes sociales. ¿Cómo habría dado con Emma? Echó un vistazo a las cuentas que seguía. Eran todas de manga y anime.

Dudó un momento. No quería perder demasiado tiempo con aquello. Por toda respuesta, tecleó su correo electrónico. Si quería enviarle algo, que se lo enviara. Y, si todo era un pretexto para alguna otra cosa, lo bloquearía y ya estaba. Tenía mucha práctica en eso.

Incluso le quedó tiempo para darse un baño en la piscina cuando terminó de contestar. Después, compartió la exquisita tortilla de su abuela con ella y con Elvira mientras las tres veían la tele en la cocina. Estaban poniendo un concurso de retos de vocabulario. La abuela nunca se perdía un episodio. Siempre se adelantaba a los concursantes con las respuestas. Si hubiese concursado ella, los habría barrido a todos.

Fue divertido sumarse a su entusiasmo y tratar de anticiparse a sus respuestas. La abuela se picó de verdad, aunque en el

fondo se lo estaba pasando en grande. Cuando el programa terminó, Emma regresó a su habitación y estuvo un buen rato con WhatsApp. No pudo evitar mirar el perfil de Carlos, el chico con el que había cortado dos meses antes. La decisión la había tomado ella, pero todavía...

En la foto del perfil, él mantenía un *selfi* que se había hecho el verano pasado, durante las vacaciones que habían pasado juntos en Corfú. Sabía que era mala idea, pero, aun así, amplió la foto para volver a verla con todo detalle. Cuando se dio cuenta, tenía los ojos llenos de lágrimas.

Con un gesto automático, cerró WhatsApp y abrió el correo. Tenía un montón de *mails* de propaganda, otros muchos de las marcas con las que colaboraba, de su *mánager*, de la editorial con la que estaban hablando para valorar la posibilidad de publicar un libro...

Y también había uno de @Andrés2005GP. El chico no tenía mucha imaginación para los nombres en el mundo digital.

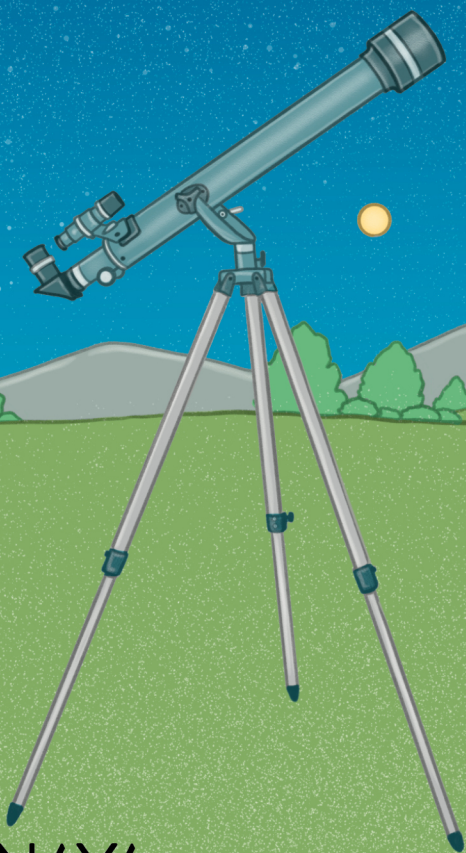
El asunto del correo le llamó la atención: «Tornillos gigantes y eclipses imposibles».

Lo abrió. Después de un breve saludo, había fotos de una carta escrita a mano. Emma reconoció de inmediato la letra menuda y elegante de su madre. ¿Cómo era posible que hubiese cambiado tan poco a lo largo del tiempo?

Se llevó el portátil a la cama, se tumbó encima de la colcha blanca que había hecho su abuela de joven y se puso a leer.

Como *influencer*, Emma está acostumbrada a recibir mensajes raros. Pero el de Andrés destaca entre todos los demás: al parecer, su padre y la madre de Emma fueron amigos en la universidad, y Andrés ha encontrado algunas cartas suyas. En ellas, los jóvenes Emilio y Laura comparten curiosas anécdotas científicas y hablan de su pasión por la física, la biología, la genética... De lo que no hablan es de lo mucho que se gustan, aunque resulta más que evidente.

Además de conocer mejor a Andrés, las cartas de Laura y Emilio despertarán en Emma una inquietud científica que creía dormida.



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

1562547

ISBN 978-84-143-3490-4

